



LA EMIGRACIÓN CANARIA A CUBA EN EL SIGLO XX: MUJERES DE AZÚCAR

THE CANARIAN EMIGRATION TO CUBA IN THE XX CENTURY: SUGAR'S WOMEN

Ester Lidia Vázquez Seara*

Cómo citar este artículo/Citation: Vázquez Seara, E. L. (2017). La emigración canaria a Cuba en el siglo XX: mujeres de azúcar. *XXII Coloquio de Historia Canario-Americana* (2016), XXII-080. <http://coloquioscanariasmerica.casadecolon.com/index.php/aea/article/view/10024>

Resumen: Esta comunicación trata acerca de la emigración de mujeres canarias a Cuba en el siglo XX y cómo estas afrontaron la nueva situación que se les presentaba. Se analizan las diferentes causas de sus viajes y las labores que tuvieron que asumir en las diferentes etapas de sus vidas, cómo vivieron y crearon familias, en un país donde la principal actividad era el cultivo de la caña de azúcar, secundada por la siembra del tabaco; el tema se aborda, fundamentalmente, a través de sus historias de vida, que dejaron una huella imborrable.

Palabras clave: Emigración, mujeres, Cuba, familias, azúcar, historias, huella

Abstract: This communication has to do with Canarian women about emigration to Cuba in the XX century and how these faced the new situation that turned up to them. They analyze the different causes of hers journeys and chores that they had to assume in the different stages of hers life, how they lived and made families, at a country where principal activity was the cultivation of sugar cane, backed up by the planting of tobacco; The theme is discussed, fundamentally, through hers stories of life, that let a unerasable footprint.

Keywords: Emigration, women, Cuba, families, sugar, stories, footprint

INTRODUCCIÓN

Aunque en menor cantidad que los hombres, en las primeras décadas del siglo XX, incontables mujeres, nacidas en el archipiélago canario, emigraron a Cuba.

En medio del nuevo contexto histórico que se presentaba en su país de destino, caracterizado por la inauguración el 20 de mayo de 1902 de la República, luego de años de guerra y de ocupación militar norteamericana, las mujeres canarias afrontaron con entereza su destino.

Ellos, con la vitalidad y virilidad característica de los varones jóvenes, marcharon al Caribe americano, en especial a Cuba, deseosos y dispuestos a laborar en los duros trabajos a los que entonces podían aspirar, fundamentalmente en la agricultura; es cierto que si miles se dedicaron a la tierra, cientos realizaron otros tipos de trabajos, como comerciantes y profesionales, aunque su sello general fuera el trabajo rudo, modesto y humilde.

Ellas, por su parte, emigraron en muchos casos siendo niñas y adolescentes, acompañando a sus familias; en otras circunstancias, siguiendo o buscando al esposo ausente en la Mayor de las Antillas; y las menos, solas, por propia voluntad o debido a la miseria que las consumía en su tierra de origen, que casi les impedía mantener a sus hijos como madres solteras, tratando

* Investigadora cultural e historiadora. Comité Provincial de la Unión de Escritores y Aristas de Cuba (UNEAC). Calle Independencia, nº 10, Sur. Sancti Spíritus, Cuba. Teléfono: +5341663878; correo electrónico: lopezisl@hero.cult.cu

de evadir las condiciones que las convertían en imaginarias “mujeres de sal”, postradas por el paso del tiempo, en un archipiélago que lo rodeaba el intensamente salobre océano Atlántico.

Estas viajeras se enfrentaron a un mundo nuevo, lleno de incertidumbres y misterios, sin saber cuánto de cierto o incierto tendría su futuro; incluso, desgraciadamente, algunas ni siquiera alcanzaron su destino, víctimas de catástrofes marinas.

Llegaron a un país, donde la principal actividad económica era el cultivo de la caña de azúcar, secundada por la siembra del tabaco y otros frutos de la tierra; allí se asentaron, laboraron en disímiles actividades, tanto en el hogar como en el campo o la ciudad, se sacrificaron, trabajaron honradamente –en muchos casos junto a los hombres– y crearon sus familias. Algunas regresaron a su tierra por diferentes motivos y con distintas edades, pero la mayoría descansan para siempre en su segunda patria.

Aunque los hombres juegan su papel en el desarrollo lógico de la vida, de la sociedad y del hogar, ellas fueron las responsables directas o indirectas –muchas de las que procrearon a este lado del Atlántico eran cubanas hijas de emigrantes, unidas con canarios– de que en Cuba, hoy, existan decenas de miles de descendientes de naturales de las Islas Afortunadas; además, que se conserve aquí su laboriosidad, su honestidad y su sentido del honor; y también, que se le otorgue al hogar y a la familia un lugar destacado en la cotidianidad y en la vida toda. Ellas dejaron su impronta, su recuerdo, sus costumbres, hábitos y tradiciones, sus lazos sanguíneos y la veneración por su memoria.

En un país identificado mundialmente por su producción azucarera, simbólicamente ellas pueden llamarse “mujeres de azúcar”, emigrantes a la entonces llamada Perla del Caribe, cada una con su trayecto vital personalizado, porque nunca han existido personas anónimas; cada una tuvo sus nombres, sus deseos, sus sueños, sus éxitos, sus fracasos, su familia, sus sentimientos,... en fin, sus historias de vida.

HISTORIA DE VIDA

Cuando a través de la investigación, se conocen diferentes casos que ilustran un por ciento de lo vivido por esas mujeres, que se asentaron en la Mayor de las Antillas, invariablemente, aparece el asombro, la admiración y hasta la sorpresa. Ellas dejaron huellas que no deben quedar en el olvido; a pesar del tiempo transcurrido, más de un siglo en muchos casos, su sello de género aún puede apreciarse con nitidez.

— *María Luisa Pérez Triana*, a quien llaman desde joven *Cuca* –que con casi cien años puede verse a diario en el portal de su casa, en su silla de ruedas, rodeada del cariño familiar–, constituye un ejemplo ilustrativo de mujer emigrante en la época que se aborda.

Nació en la Villa de Mazo, La Palma en 1919, y aún recuerda cómo, junto a sus hermanos, disfrutaba del gofio, las papas con mojos, los higos, las tunas y las manzanas.

Su vida cambió, cuando sus hermanos mayores llegaron a la edad militar y sus padres, temerosos de que los llevaran para la guerra en África, decidieron enviarlos para Cuba y se emplearon en las famosas vegas de tabaco de Cabaiguán, en el centro del país.

Como la vida en La Palma era muy dura y la familia estaba separada, apenas sus hermanos se asentaron y tuvieron posibilidades, los mandaron a buscar a todos.

Cuca, con sólo nueve años, acompañada de sus padres, sus hermanos varones pequeños y sus hermanas Clara y Anselma, embarcaron en 1928 rumbo a la Mayor de las Antillas, en un barco de los que hacían las largas travesías hasta América; venían con boletos en la categoría de Emigrante, por lo que a bordo pasaron limitaciones e incomodidades.

Al llegar a Cabaiguán, se encontraron otras condiciones de vida, diferente clima y extrañas comidas, pero se fueron adaptando y trabajaron intensamente la tierra, hasta que pudieron

arrendar una finca, donde además de las cosechas y la cría de animales, lograron hacer escogidas de tabaco, con lo que mejoraron su situación. Todas las mujeres, además de ayudar a los hombres en labores de la tierra, se ocupaban de las tareas de la casa: cocinar, limpiar, lavar, almidonar, planchar y otras. No tuvo ninguno de los hermanos, oportunidad de asistir a la escuela, pues estaban consagrados al trabajo.

Cuando tenía veinticinco años, Cuca se casó con Juan, un hijo de isleños y tuvo tres hijos; ya tiene muchos nietos y bisnietos. Su vida, hasta la ancianidad –cuando sus hijos la trajeron a vivir a la ciudad– la pasó siempre en el campo, fundamentalmente como ama de casa, atendiendo a la familia y al hogar, pero también aportando sobre la tierra.

En 1997 tuvo la oportunidad de visitar, con su hermano Felo y otros ancianos canarios, la isla de La Palma y otros lugares de Canarias.

Siempre ha querido a su tierra natal, pero ama a Cuba profundamente, donde conservó y transmitió a sus descendientes muchas costumbres isleñas, como bordar, tener gofio en la cocina, enramar la cruz en mayo y venerar a su Patrona, la Virgen de las Nieves.

— Otro caso demostrativo es el de *María Esperanza Martín Martín*, conocida como *Maruca*; vino a Cuba acompañada de su madre cuando apenas tenía siete años.

Nació en Tijarafe, el 6 de julio de 1915 y vivió casi toda su vida en Cabaiguán, hasta su fallecimiento en el año 2012.

Su madre Teresa Martín Martín, tenía cuarenta y dos años cuando la trajo a Cuba, junto a sus hermanas Benita y Emilia. Era la más pequeña, pues ya una de ellas había cumplido los once años y la otra, los quince. Hicieron el viaje en febrero de 1923, en un barco que tenía buenas condiciones y que se llamaba “Niágara”.

Emigraron debido a que entonces su situación era muy difícil, pues pasaban muchas necesidades económicas. Su madre era soltera y tenía que mantenerlas sola; por ese motivo decidió traerlas a Cuba, para casa de un primo suyo.

Teresa había sufrido en carne propia los rigores de la emigración, pues el padre de sus tres hijas era un comerciante de tabaco de La Palma, muy rico, pero que luego de embarazarla en tres ocasiones, la había abandonado para casarse con una prima y llevarla a Cuba, donde poseía una buena finca; nunca se preocupó por la familia que había dejado atrás, ni reconoció a sus hijas.

Las cuatro mujeres –madre e hijas– pasaron muchas necesidades, vivieron siempre con un gran dolor en el alma, pues en Cuba, el padre ni siquiera preguntó por ellas; sin embargo, supieron sobreponerse.

Con diez años de edad, Maruca realizó labores domésticas en casa de una pudiente familia descendiente de isleños, que se solidarizó con las desafortunadas emigrantes. Allí hizo de todo: lavar, cocinar, limpiar, planchar y hasta, en sus horas libres, apartar tabaco en una escogida; también bordó y tejió para ganarse algún dinero extra.

Sus hermanas y su madre también trabajaron muy duro. En esa casa estuvo más de veinte años, pues la quisieron y consideraron mucho. Fue la última en casarse, cuando ya tenía treinta y cinco años y su madre aún vivía.

Aunque los primeros años en Cuba fueron muy tristes, por el abandono de su padre y las penurias que sufrieron, con el tiempo, fue mejorando su situación; tuvo una familia maravillosa, con un buen esposo, dos hijos y dos nietos. Descansa, junto a su madre y sus dos hermanas, en la tierra que las acogió.

— En cuanto a Luisa Díaz Hernández, la misma nació en la Villa de Mazo, el 21 de junio de 1919 y emigró a Cuba con solo cuatro años de edad, en 1923, en brazos de su madre. Su caso se puede considerar dentro de la generalidad de la emigración de entonces: trabajo, matrimonio, hijos, vejez... Sin embargo, sufrió durante su vida la separación de parte de la

familia, algo que siempre lamentó y la marcó profundamente, pues nunca podía evadir el tema.

Su padre, Julián Díaz González, decidió emigrar solo a Cuba, en el primer cuarto del siglo XX; cuando se estableció en Caimito, en el territorio central de Zaza del Medio, donde había muchos canarios trabajando la tierra, mandó a buscar a parte de la familia. Fue entonces que vino Luisa con su madre, Manuela Hernández, y con una de sus hermanas.

Poco a poco, de los ocho hijos que tenían sus padres, seis viajaron a Cuba, pero dos no lo hicieron nunca; el Océano se convirtió en una barrera insalvable, entre ambas orillas.

La vida de adolescente de Luisa transcurrió entre labores hogareñas y en el sitio agrícola de su padre, el cual cultivaba fundamentalmente tabaco y criaba animales, junto a la familia que dedicaba todos sus esfuerzos para salir adelante en la nueva situación.

Aunque joven, con solo diecisiete años, contrajo matrimonio con el isleño Cipriano López Díaz, natural de Fuencaliente, tuvo dos hijas, Juana Rosa y Eufemia y formó un feliz hogar, hasta la muerte de su esposo en 1975; sin embargo, siempre sufrió internamente la ausencia de sus queridos hermanos. Ella nunca pudo visitar Canarias; murió anciana en su tierra de acogida.

Hay realidades y anhelos que en ocasiones la emigración arruina, una de ellas es la unidad familiar; en este caso la crudeza se ensañó en el corazón de Luisa, que nunca volvió a ver a sus dos hermanos que quedaron en Canarias, ni a cinco de sus tíos y a numerosos primos.

— Por su parte, las historias de *tres hermanas* emigrantes, naturales de Tazacorte, en La Palma, coinciden en que su paso por la vida, está marcado por tener esposos, hijos y nietos cubanos, y por conservar una entrañable añoranza por su tierra, la que felizmente, las tres pudieron visitar en su ancianidad.

Singularmente, eran hijas de padre emigrante, pero en la dirección contraria: su progenitor, nacido en el municipio cubano de Güira de Melena, había decidido emigrar a la tierra de sus ancestros, a la llamada “Isla Bonita”, donde se estableció, trabajó, se casó y formó una familia; su madre sí era palmera, natural de Tazacorte, pero ante la difícil situación de entonces, decidieron que todos viajarían a Cuba, donde llegaron en 1953 a bordo del vapor “Marqués de Comillas”.

La primera de ellas, *Benigna Castro Acosta*, nacida en 1942, fue la avanzada familiar junto a su abuela, con solo once años, en febrero de ese 1953, pues esta última tenía unos hijos en Cuba que deseaba ver; unos meses después, en octubre, viajó en el mismo barco el resto de la familia: los dos padres y las dos hermanas pequeñas, de seis y cuatro años respectivamente. Todos se establecieron en el habanero barrio de Arroyo Blanco.

Benigna trabajó en todo lo que pudo, especialmente en una fábrica de ropas; contrajo matrimonio con un cubano con el cual tuvo dos hijos: Francisco y Gaspar, que le dieron cinco nietos. En 1989, al cabo de treinta y seis años de haber emigrado, visitó su tierra natal.

Por su parte *Amparo*, conocida por *Mina*, también se casó con un cubano llamado Mario Álvarez, tuvo dos hijas y cuatro nietos. Igualmente, disfrutó de la oportunidad de visitar Canarias por unos meses, cuando ya era mayor.

En cuanto a la tercera de estas hermanas, *Rafaela*, la más pequeña en el viaje, igualmente celebró nupcias con un cubano, de donde descienden dos hijos y dos nietas; tuvo la suerte, de la misma manera, de visitar su archipiélago natal.

Las tres residen aún en La Habana, todavía saben bordar y confeccionar platos típicos de su tierra; ya ancianas, son miembros del Club Renacer de la Asociación Canaria de Cuba “Leonor Pérez Cabrera”.

— Un caso que posee la singularidad de ocurrir como el anterior, cuando ya no existía el gran flujo migratorio canario a Cuba, lo constituye el de *Armenia Julita Sánchez Pérez*. Este ejemplo, aunque puede considerarse una generalidad de la emigración femenina a la Mayor de

las Antillas en cuanto a secuencia histórica, tiene la particularidad de que ella llegó al puerto de La Habana, con solo nueve años, el 20 de diciembre de 1950, acompañada por su abuela, sus padres y dos de sus hermanos.

Había nacido en Santa Cruz de La Palma, el 1 de octubre de 1941 y llegó de niña a la extraña tierra de Cabaiguán, donde ha vivido sesenta y seis años; nunca olvidó La Palma, la avenida Marítima, la Alameda, el cine, el Barco de la Virgen, las folías y el gofio escaldado con caldo de puchero, pero echó raíces en su nuevo destino.

En Cuba, pasó la adolescencia de la mano de su padre que fue vendedor ambulante y de su madre, que se ocupaba de las labores de la casa; sus hermanos mayores ayudaron a la familia, uno como tipógrafo en una imprenta –tenía experiencia en el “Diario de Avisos” de La Palma– y el otro, como tabaquero. Cuando ella creció, laboró en diferentes lugares como escogedora de hojas de tabaco y peluquera; se casó el 1 de septiembre de 1961 con Pedro Bastidas Rodríguez, cuando ambos tenían apenas diecinueve años de edad, de profesión albañil y tiene cuatro hijos que le han dado nueve nietos y una bisnieta. Julita enviudó el 4 de abril de 2004.

Tuvo la satisfacción de visitar su tierra natal en dos ocasiones: en 1997, propiciado por la Asociación Canaria y en el 2000 con su esposo, invitados por familiares, algo que es inolvidable para ella.

— En medio de tantas historias, aparecen algunas increíbles como la de *María del Pino*, que simplemente así, sin apellidos conocidos, legó su identidad a través de la memoria oral. Se asegura que era del norte de Gran Canaria y que al viajar a Cuba, vivía con su familia en el poblado de Guayos, a solo tres kilómetros de Cabaiguán, a donde había llegado en plena adolescencia en uno de los barcos de la emigración; laboraba como cocinera en el ingenio azucarero “La Vega”.

Nunca se enamoró en su primera juventud; tanto trabajaba en esas labores relacionadas con la fabricación de azúcar, que al parecer no tenía tiempo para esos asuntos. Pero un día apareció Horacio, un palmero agricultor que pasaba bastante los treinta años, cuando ella aún no los había cumplido y ambos corazones comenzaron a latir en sintonía. Él se trasladaba todos los domingos en la tarde desde la finca “Arroyo Lajas”, donde cultivaba tabaco, para verla. Fue un lindo romance que fue interrumpido abruptamente: la madre de su pretendiente enfermó en Canarias y este decidió regresar a su lado para atenderla.

El cielo pareció caer sobre el alma de la joven; intentó que Horacio buscara alternativas: un viaje temporal o lograr que alguno de sus hermanos, que allá habían quedado, le brindara atención a la enferma. Pero Horacio, testarudo a más no poder, no escuchó sus ruegos; rompió todo lazo afectivo con María del Pino y se marchó para siempre.

Para siempre no; al cabo de más de medio siglo, ya padre, abuelo y bisabuelo octogenario, volvió de visita a Cuba y como era lógico, se acercó a Cabaiguán. Inevitablemente, recordó a sus conocidos, escudriñó los rostros de los transeúntes, pero no reconoció a nadie. Pensó que Sergio, el de la fonda, debía estar por allí; que Juan, el del bar, seguramente vivía cerca con su familia; y que María del Pino... la inolvidable María del Pino, seguramente se habría casado y tendría una extensa familia como él.

Recorrió las calles, asombrado por los cambios: donde había un hotel, se encontró una estación de guaguas; en el lugar de una conocida farmacia, un restaurante; y en la casa de un amigo, una guardería. Caminó y caminó, hasta que decidió visitar a su médico, pues al menos si ya no vivía, sus hijos o nietos habitarían la enorme mansión; pero el galeno se había marchado con los suyos hacia los Estados Unidos y ahora, en aquella casona, existía una residencia u hogar para ancianos desvalidos o sin familia.

En medio de una inimaginable sorpresa –esas cosas, al parecer increíbles, que tiene la vida–, en la misma entrada de la casa se tropezó con una anciana en la que reconoció a su

María del Pino; ¡a la propia enamorada que él había abandonado hacía tantos años! Casi no pudieron hablar; al menos él no pudo articular palabra alguna. Ella sí dijo lo necesario; de su boca conoció que no se había casado, que no tuvo familia y que pasaba sus últimos años de vida en aquel centro de la tercera edad, donde la atendían maravillosamente. Con dolor y defraudada, María del Pino confesó que en aquella extraña tierra, lo había estado esperando media centuria... casi toda su vida.

Atolondrado e impotente, él la vio alejarse, dejándola escapar como tantos años antes. Ella por su parte, resignada, no quiso ni siquiera mirar atrás.

— Entre los años 1915 y 1920, vivió en Cabaiguán una isleña, que se convirtió en una leyenda; la llamaban simplemente *Lola*, pero se intuye que su verdadero nombre era *Dolores*. Era la época del clímax de la emigración canaria a Cuba y en el caso de Cabaiguán, se afirmaba que el viajero al llegar, podía pensar que estaba en La Palma, Tenerife o Gran Canaria.

El pueblo estaba lleno, pero bien lleno de isleños; había montones de hoteles, restaurantes y fondas, propiedad de canarios, que brindaban servicio a los que trabajaban en el tabaco, la caña o en otras labores. No faltaba la comida típica del lejano archipiélago atlántico. Lo mismo se pedía un puchero, que un escaldón, un bacalao con boniatos, unas bolas de gofio o unas lisas con papas, sin que en la mesa faltaran los mojos verde, picón o salmorejo. Eso y más se encontraba en establecimientos como El Teide, El Mercantil, La Bondad, Las Brisas, Unión Canaria, Nueva Paz, Viña Canaria y otros.

En uno de esos lugares, del que no ha trascendido su nombre, tuvo gran fama una cocinera isleña, precisamente la mencionada *Lola*. La fonda estaba situada en la calle Quinta del Oeste, casi a esquina con la Valle, la principal del poblado; su fachada y demás paredes eran de madera y su techo de tejas de barro. En aquella casona, con puntal alto y postes torneados, se confeccionaba solamente comida canaria; allí lo mismo se saboreaba un puchero que un frangollo, un sancocho que un escaldón.

Pero la receta maravillosa, el punto exquisito, lo ponía *Lola* en las lisas con papas, y no era que la receta fuera de otro mundo; se la había enseñado su madre en los años de juventud, en su tierra natal, un aislado pueblito de Gran Canaria, llamado La Aldea de San Nicolás, justamente por la época en que decidieron emigrar a Cuba.

Los forasteros o vecinos, que acudían curiosos por primera vez a la fonda, atraídos por la fama que ya ella tenía en el pueblo y sus campos, preguntaban asombrados cuál era el secreto, y *Lola*, orgullosa y sencilla, les explicaba la manera en que cocía las lisas y las papas y los ingredientes de aquel mojo que daba el toque especial a su plato. Pero si alguien la elogiaba, ella inmodestamente, aseguraba que el secreto estaba en su mano.

Con el tiempo se ha sabido en Cuba, que en la tierra natal de aquella mujer se pescaba la lisa desde cientos de años atrás; que además de una necesidad, era una tradición tan arraigada, que constituía parte de la identidad de sus moradores. Hoy nada se sabe de cómo ella terminó sus días, solo se cuenta que rechazó muy buenas ofertas de trabajo y se quedó en su humilde fonda, hasta que más tarde, un rico negociante isleño, transformó en una lujosa mansión de mampostería.

Valdría la pena preguntarse: ¿Cuánto hubiera disfrutado *Lola* en la famosa Fiesta del Charco, de su natal Aldea de San Nicolás, cuando todos los 11 de septiembre, desde mucho tiempo atrás, vecinos y visitantes vestidos y con zapatos, cargando sacos a cuestas, van a la pesca de la lisa? Recuerdan así las ancestrales costumbres de sus antepasados. Sin dudas, esta “cocinera de azúcar” hubiera sido una persona feliz y habría conquistado el paladar de todos, preparando cientos de lisas con papas, que salpicaría con el mojo extraído de su mágico y añejo baúl de emigrante a Cuba.

Pero abandonar su tierra, fue el caro precio que pagó esta mujer, cuyos restos, sin dudas, descansan en un rinconcito cubano, lejos de su querida Aldea.

— Muchas fueron las mujeres canarias, que su suerte de emigrante fue determinada por relaciones sentimentales surgidas en su tierra; algunas acompañaban en el viaje a su esposo, otras se convertían en “mujeres de sal”, esas que esperaban teniendo el mar por medio en sus condiciones de esposas o de novias, y que con una inevitable “salazón”, quedaban “secas” en el tiempo.

La tinerfeña *María Dolores Expósito* fue una de ellas; su prometido Tomás, partió hacia el sueño americano comenzando la década de los veinte, cuando ella más ilusionada estaba con el venidero matrimonio; pero la razón de su hombre era de peso: la típica citación para el servicio militar y la seguridad de ser enviado como soldado a Marruecos.

Pasaron días, meses y comenzaron a transcurrir los años; ella, por su parte, se desesperaba. Tomás, analfabeto, no podía enviarle carta alguna; solo, de vez en vez, le llegaba algún mensaje verbal con alguien que regresaba.

En la mente de María Dolores, que ya no era tan joven por el paso de los años, fue surgiendo la duda. Conocía de un caso en su pueblo, donde una esposa con dos hijos, enfrentaba estoicamente la larga ausencia de su marido en la Mayor de las Antillas; durante mucho tiempo, trabajó en lo que pudo para sacar adelante a sus pequeños, siempre con la esperanza del regreso de su hombre. Pero esto no había ocurrido; en cambio, llegó la noticia del casamiento en Cuba de su compañero, quien tenía allí una descendencia oculta.

María Dolores, confundida, despechada, pero enamorada, comenzó a pensar en viajar a Cuba; una mujer soltera, embarcando sola, no era bien vista en esa época, pero así y todo, estaba decidida.

Fue entonces cuando, afortunadamente, recibió la sorpresa más grande de su vida: Tomás se le apareció de manera inesperada en su casa. ¡Había regresado para casarse! Así, el matrimonio, partió hacia Cuba, donde se establecieron en la zona central; Trabajaron codo a codo, crearon un hogar y tuvieron familia. María Dolores fue una presunta “mujer de sal”, convertida en “mujer de azúcar”.

— *Susana del Rosario de Castro*, nació en el barrio La Corujera, perteneciente a Santa Úrsula, en Tenerife, en los albores del siglo XX; fue la primera hija de un matrimonio, que luego de darle dos hermanitas, se tronchó abruptamente por la muerte de su progenitora.

Cuando tenía solo quince años y atendía en todo –casi como una madre– a sus pequeñitas hermanas, conoció a un joven recién llegado de Cuba, llamado Donato González Hernández; este regresaba de la Perla del Caribe con una fortuna: veinticinco mil pesos oro, que entonces era una cifra considerable. Casualmente, el mismo día en que el legendario vapor “Valbanera” tiró amarras en Santiago de Cuba en su último viaje –5 de septiembre de 1919–, este partió hacia Canarias en un barco que estaba atracado a su lado.

Cuando Donato llegó a Tenerife tenía veintisiete años; fue entonces que conoció a la adolescente Susana y se enamoraron. Inmediatamente, con la autorización de su padre, contrajeron matrimonio; la presencia de otro hombre en la familia, con una excelente situación financiera, mejoraría las precarias condiciones de vida de todos.

Pero con los antecedentes de su esposo y su preferencia por Cuba, ella había aceptado casarse con el compromiso –admitido por él– de no emigrar nunca a Cuba, porque sabía de sus responsabilidades con las huérfanas. Sin embargo, una novedad enturbió el futuro: Donato fue informado de que, al no haber servido militarmente a la patria por estar ausente en Cuba, debía inscribirse de manera inmediata; el joven esposo, alarmado por la ineludible posibilidad de ir a la guerra en África, se planteó vender todas las propiedades que había comprado y regresar a la Mayor de las Antillas.

A Susana pareció caérsele el mundo encima, amaba a su tierra, a su familia y especialmente estaba consciente de su responsabilidad con sus hermanitas pequeñas; sin embargo, no le quedó otra alternativa que aceptarlo, pues cuando, desesperadamente, recurrió a su padre, este le recordó que una mujer casada, sobre todo, debe seguir a su esposo hasta el fin del mundo; eso sí, ella juró ante su cónyuge, que “si algún día regresaba a Canarias no volvería a salir nunca más”, y en silencio, se prometió que ahorraría dinero para su seguro retorno. A partir de entonces, esta posibilidad se convirtió en obsesión durante toda su vida y la marcó para siempre.

En junio de 1920, llegó el matrimonio al puerto de Santiago de Cuba, llevando consigo una suma similar de dinero, al que Donato había acumulado en su viaje anterior.

Se asentaron en la zona central de Cuba, en terrenos de Zaza del Medio y Taguasco; allí compraron algunas propiedades, pero la mayor parte del capital que poseían, lo depositaron en una casa de cambio. Lamentablemente, la terrible Moratoria Bancaria de 1921 –conocida popularmente como “Época de las Vacas Flacas”–, propició su ruina total.

La situación y los planes para ellos cambiaron drásticamente, pues con algunos hijos, los que llegaron y la difícil situación financiera por la que atravesaban, vieron alejarse la posibilidad de regresar. Poco a poco, el sueño de volver a su tierra fue congelándose en la mente de Susana, no así la esperanza.

Los hijos crecieron, fueron echando raíces en su tierra natal, mientras Susana se contentaba con enviar algún que otro paquete y algo de dinero a su familia, del poco que le sacaba a la tierra Donato.

El inexorable paso del tiempo trajo la ancianidad y los hijos los llevaron a vivir al pueblo de Cabaiguán. Allí, el destino la situó en una encrucijada: a través de la Asociación Canaria, el gobierno de su tierra natal le propuso realizar una visita a su añorado archipiélago, con un acompañante y todos los gastos cubiertos. Aquel juramento, de que “si algún día regresaba a Canarias no volvería a salir nunca más”, apareció con fuerza y nitidez en su mente. Estaba consciente de que sus hijos y nietos se encontraban muy apegados a Cuba que era su patria, el país que conocían, donde ya tenían sus familias, hogares y trabajos; además, tanto Donato, como ella, se habían acostumbrado a esa isla caribeña en la cual ya llevaban más de setenta años y la edad pesaba para realizar un largo viaje. ¡Eso sí, si ella llegaba a Canarias, allí moriría!

Luego de unos días de meditación, tomó la decisión definitiva: No iría. Fue así que rechazó aquella posibilidad, que se le había presentado casi al final de su vida.

Esta “mujer de azúcar” falleció el 21 de agosto de 1998, con noventa y cuatro años de edad y fue sepultada en la tierra cubana de Cabaiguán. Sin embargo, la vida la premió un tiempo antes de irse para siempre del mundo: una de sus hermanas, una de aquellas pequeñas criaturas que tanto cuidó con esmero, fue traída a Cuba desde Canarias por uno de sus hijos; y la otra de ellas, que había emigrado a Cuba –otra “mujer de azúcar”– muchos años antes, a una provincia alejada de Cabaiguán, y por una coordinación previa, se acercó en la misma fecha al hogar de Susana. Aquel día inolvidable, se produjo un entrañable encuentro entre las tres, que bañado por lágrimas de complacencia y felicidad, suplió emocionalmente aquel frustrado regreso a su tierra natal.

— Y como fortuitamente, en la anterior narración se hizo referencia al mítico vapor mixto español “Valbanera” –de cuyo naufragio se cumplirá un siglo en el 2019–, a continuación se mencionarán, por su dramatismo, algunos casos de mujeres que viajaban en el fatídico último viaje, de ese trasatlántico de la “Línea Pinillos e Izquierdo”, naufragado mientras intentaba entrar a la bahía de La Habana.

Con el simbolismo que encierra para la historia de género, acerca de la emigración de las mujeres canarias a Cuba, en un trabajo como este no debe pasarse por alto este trágico suceso, que marcó la vida de las generaciones de peninsulares, canarios y cubanos de entonces. Fue

un suceso, en el cual se ahogaron todos los tripulantes y pasajeros que aún se encontraban a bordo, cuando la nave fue atacada sin compasión por un gigantesco huracán, que lo hizo zozobrar a cuarenta millas de Cayo Hueso.

Entre los fallecidos en la catástrofe se encontraba Isabel Perdigón, una mujer palmera de veintitrés años, que aspiraba a arribar a la Mayor de las Antillas, marcada por la desgracia que le había ocurrido precisamente a su esposo Ezequiel, el cual había perecido, un tiempo antes, en el naufragio del trasatlántico “Príncipe de Asturias”. Ella, junto a varios de sus familiares, fracasó en sus intenciones, constituyendo un símbolo de las féminas que emprendieron el camino de la emigración y perecieron en el mismo.

— Otro triste caso, resultado de un infructuoso intento femenino de emigrar junto a su familia, puede apreciarse a continuación. Históricamente no ha trascendido el nombre de la esposa de *Manuel*, el llamado “Loco del Valbanera”. Solo se conoce que ambos eran de Vilaflor, en Tenerife y que viajaban en la que resultó la última travesía de ese vapor. Ella acompañaba a su esposo en busca de una vida mejor y era madre de una extensa familia.

Al llegar a Santiago de Cuba, él la dejó a bordo del barco, con sus ocho pequeños hijos; abordó el tren, desde esa ciudad oriental, hasta La Habana. Tomando en consideración la escasa edad de los niños, pretendía alquilar una casa de huéspedes, para cuando ellos llegaran a la capital, no pasaran por los problemas lógicos, derivados de esos trámites en una tierra desconocida. Así lo hizo y en la noche del 9 de septiembre de 1919, fue de las cientos de personas que acudieron a la bahía habanera; en su caso, a recibir a los suyos.

Sufrió la incertidumbre de la espera, más la desesperación y el dolor, al saber la noticia del naufragio y de la no existencia de sobrevivientes.

Enloqueció de tal forma, que aseguraba tenazmente que el “Valbanera”, el barco que lo trajo con su familia desde Canarias a Cuba para construir una nueva vida, aparecería intacto con sus seres queridos, por algún lugar del horizonte, el día que menos se imaginaran.

Manuel siguió vagando solo, perennemente, entre el litoral habanero que se extiende desde el Castillo del Morro hasta las costas del Vedado, aferrado a un sempiterno rayo de esperanza, con su creencia a cuestas; fueron días, semanas, meses y años de plegarias y anhelante espera, hasta que sus ropas se convirtieron en jirones, su barba y su pelo blancos crecieron hasta el suelo y su piel se pegó a los huesos. Para todos era un demente, pero solo él estaba convencido de que aquel mar, que le había robado a los suyos, era el único capaz de devolvérselos. Un día, ya anciano, lo encontraron muerto sobre el diente de perro de la costa, pero aún así, sus ojos abiertos miraban, esperanzadores, hacia la inmensidad del mar.

En cuanto a ella, no logró ni siquiera pisar tierra cubana; fue sin dudas una malograda “mujer de azúcar”.

— Sin embargo, no todas las anécdotas que recoge la tradición oral y las fuentes escritas, acerca de “mujeres del Valbanera” tuvieron un trágico final; se recuerda el caso de “La Niña Anita”, llamada *Ana Pérez*, de solo cinco años; ella, desde el muelle de Gran Canaria, antes de subir al barco y durante toda la travesía hasta Santiago de Cuba, predijo el naufragio e hizo, ante su insistencia, que su familia, encabezada por su madre Paula Zumalave, descendiera en Santiago de Cuba –temerosa de que a la pequeña se le dañara su salud– y no continuara hasta La Habana como correspondía a sus billetes; así los salvó a todos del trágico final.

— La segunda historia, muy conmovedora, tiene que ver con una señora llamada *María Pérez*, del Paso en La Palma; esta viajó con su hermano desde Canarias a Cuba, para un asunto personal y estando en La Habana, este falleció repentinamente y al verse sola, en tierra extraña, mandó a buscar a su esposo con sus dos hijos pequeños; ellos se embarcaron en 1919

en el que sería el último viaje del “Valbanera”. Como ella se encontraba en la capital, allí los esperó y cuando supo lo del naufragio, casi muere de sufrimiento; no enloqueció solo gracias a un milagro de Dios.

Con el paso del tiempo, casi destruida por el dolor, vagó por las calles de La Habana; durmió en portales, se alimentó de sobras, mendigó, sufrió enfermedades y trabajó en lo que pudo para sobrevivir, hasta que se resignó a su desgracia y aceptó terminar sus días de esa manera. Ya anciana, sin familia, ni interés por la vida, se dedicó a pedir limosna en la parte antigua de la ciudad; su imagen casi fantasmal, caminando por las estrechas calles habaneras, se convirtió en una sombra cotidiana para los habitantes del lugar.

Pero la verdad ella no la conocía. Cuando el “Valbanera” tocó por última vez tierra en Santiago de Cuba, su esposo y sus dos pequeños niños descendieron allí por equivocación, creyendo que era La Habana y sin quererlo, se les había ido el barco; ignoraban el triste destino que les hubiera esperado.

Ese emigrante que era analfabeto, no encontró desde Santiago, la manera de comunicarse con su esposa en la lejana Habana, pues incluso, desconocía su dirección o paradero; entonces, fue buscándose la vida en Oriente y el sustento de sus pequeños como pudo, hasta que por desgracia, murió tempranamente. Sin embargo, sus hijos –por ese innato espíritu solidario de los emigrantes– fueron adoptados y educados por una familia canaria, y ya mayores, alcanzaron oficios y una buena posición económica, pero sin lograr nunca localizar a su madre, a la que presumían también fallecida.

En una ocasión, varias décadas después de su llegada a Cuba, en que viajaron a La Habana por asuntos de negocios, uno de ellos, mientras conversaba con su hermano, se estaba lustrando los zapatos en un sillón de limpiabotas cerca del Capitolio; en eso estaban cuando se les acercó una anciana pordiosera, pidiéndoles limosna y al escuchar que uno llamaba al otro “hermano”, para que le diera unas monedas, les comentó que ella también había tenido dos hijos varones, pero que habían muerto, junto a su esposo, en el naufragio del “Valbanera”. La sorpresa de los dos hombres fue enorme, entonces uno le dijo que ellos también habían sido pasajeros de ese último viaje. Cuando preguntaron más detalles, comprendieron, asombrados, que aquella señora que mendigaba, era nada más y nada menos, que la madre que nunca habían podido encontrar.

Ellos sintieron temor de dañarla si, de pronto, le decían la verdad; la veían muy débil y enferma. Entonces, para no afectarle la salud con una fuerte emoción, solo le dijeron que la tomarían a su cargo, porque ellos habían perdido a su madre. Con el paso del tiempo, el cariño y los cuidados que le brindaron, la anciana se recuperó. Después, en un ambiente de confianza y familiaridad, le contaron la verdad y todo tuvo un final feliz.

María falleció, con más de ochenta años de edad, en Santiago de Cuba, en la década del setenta del siglo pasado, en el hogar de uno de sus hijos y rodeada de gran cantidad de nietos.

Las anteriores son algunas historias de vida, solo una muestra, de lo que puede recogerse acerca de esas mujeres canarias que pasaron el Atlántico rumbo a Cuba, en la primera mitad del siglo pasado, en busca de una nueva vida; las mismas, tan valiosas y significativas por su contenido, no deben quedar en el olvido. Eran “mujeres de azúcar”, que veían en la Mayor de las Antillas una posibilidad de un futuro mejor. Son representantes de una época; son símbolos de género.